



www.edicionesera.com.mx

Héctor Manjarrez

La prisión en invierno
(Teatro en prosa)



Ediciones Era

www.edicionesera.com.mx

A mis hijas, Camila y Berenice

/.../ Yeti, abajo es miércoles:
hay pan, abecedario,
dos y dos son cuatro
y la nieve se derrite.
Hay una manzana roja
partida en cruz.

Yeti, no sólo el crimen
es posible.
Yeti, no todas las
palabras
condenan a muerte.

Wisława Szymborska, *De una
expedición no efectuada al
Himalaya*

1



En Barcelona lo recibió de frente como bofetada, sin paraguas ni impermeable, un aguacero que lo hizo correr a la única protección visible, la cornisa del Teatro del Liceo. Allí, una anciana muy pequeña y recta, hecha de alambre y tela, se le quedó mirando con fijeza, como si lo conociera, inclinó la cabeza blanca descubierta, murmuró para sí unas palabras y después, abriendo los ojos tanto como pudo, le susurró:

–Jesucristo, perdóname mis pecados.

–No soy Jesucristo, señora.

–Perdóname, porque he pecado. Dame tu bendición
–esto último lo profirió como una orden a un joven.

Musitando unas palabras como en latín o arameo o algo, con la mano izquierda (en la derecha llevaba una bolsa con pan y fuet y sobrasada y queso), él hizo el signo de la cruz ante el rostro conmovido de la vieja.

Pensó: “Es imposible que Jesucristo pueda hacer la señal de la cruz sin antes morir crucificado, y yo estoy vivo y empapado”.

En ese momento, dejó abrupta y totalmente de llover y el sol asomó como una moneda de cobre por el lado del Monumento a Colón.

–¡Bendito seas, bendito! –dijo entre lágrimas de dicha la anciana, que se echó a andar con prisa entre la muchedumbre reconstituida.

Él se dijo: “Mal empieza mi visita a España si me con-

funden con Cristo y no con los Rolling Stones. ¿Qué, no ven la tele?”

Barcelona era guapa, esquiva, petulante, anhelante de modernidad y de piropos. Una señora de provincia que espera que por fin la coloquen entre las grandes ciudades de Europa: París, Londres, Ámsterdam...

Al mismo tiempo, un tipo de boina y chaquetón señalaba al joven al tiempo que le explicaba la escena a un policía:

–Una vieja pobre y el barbudo ése mal vestido –o algo así.

El joven caviló: “En este país la gente le confía sus pensamientos a la policía” y miró hacia allá y hacia acá tal como un turista en busca de un café o un puesto de periódicos o algún admirable edificio de Gaudí, pero sólo avistó a una puta gorda, un hombre que transportaba demasiadas bebenjnas en un carrito de madera y un adolescente taciturno que espiaba a los adultos para conocer sus puntos débiles. Hasta ahora, España parecía un país mediterráneo normal, pero él se preguntó: “¿Y si todos son agentes de la policía, menos la ancianita, desde luego? Más vale que me mueva como un turista normal. Que es lo que soy”.

Desplazándose como un turista sospechoso normal, logró alejarse del policía y su informante espontáneo e incoherente.

¡Ah, España, siete años después! ¡Todavía feliz y agradecida bajo el mismo dictador de siete años antes, de hecho el mismo enano ridículo de voz pituda que se había alzado con el Ejército y los curas en 1936 y ganado la guerra civil apoyado en el Ejército y los curas en 1939. El Generalísimo Francisco Franco Bahamonde, Caudillo por la Gracia de Dios, no había cambiado un ápice. Los espa-

ñoles, al parecer, tampoco. Si acaso, ahora a los hombres se les decía *majo* y a las mujeres *maja*; en Cataluña, *maco* y *maca*, y todos defendiendo a la Santa Religión contra los embates de Lutero y Calvino, y a Occidente del comunismo envidioso y ateo. Hitler y Mussolini se habían marchado a otra parte, y hasta Stalin había estirado la pata y el brazo tullido, por Dios, y Franco, Dei Gratia, seguía allí, con su bigote imperdonable.

Tal vez como compensación por tanta devoción a la deidad católica, apostólica y romana, los varones de toda España –en cuanto no los oían las hembras y los sacerdotes– se cagaban en Dios, en la Virgen y en la Hostia. Así es, todo el tiempo se cagaban en lo más sagrado para ellos: Em cago en Deu!, ¡Me cago en la Virgen!, ¡Me recago en la puta hostia!

La hostia es la oblea consagrada que se tragan en la comunión y representa o de hecho encarna el cuerpo de Jesucristo, que vino a la Tierra a salvarnos de los pecados que nos afean. Por otra parte, “Darle una hostia” a alguien no significa ofrecerle una oblea sino darle un golpazo considerable, y decir que algo “¡Es la hostia!” significa que es un desmadre o un escándalo o también algo buenísimo. Es pertinente aclarar que éstas son cuestiones de la religión de los españoles que no conllevan peliagudeces teológicas, y sólo se citan como modismos lingüísticos.

El joven meditó que los españoles seguían hablando no sólo sin escuchar al interlocutor, sino también sin pensar en absoluto. Luego de siete años, había menos pobres y más televisores (como en todas partes), y se apostrofaban como *maca* y *maja*, pero por lo demás el lenguaje y las mentes seguían idénticos, tiesos, fosilizados; eructos

de coronel y madre superiora. Dios mismo y Franco en persona los habían fotografiado y congelado en blanco y negro, y sólo la escenografía había cambiado un poquito, pues ellos y ellas seguían hablando y hablando y hablando igual que sus antepasados: siempre los mismos dichos y proverbios, siempre.

El joven improvisaba sus propias variantes estúpidas: “Tanto va el cántaro al agua que no se rompe nunca”, “Ya le digo que se cazan menos moscas con vinagre que con miel, si desea usted cazarlas”, “Los niños y los locos jamás dicen la verdad”, “Del agua brava me libre Dios, que de la mansa me guardaré yo”... ¿O era al revés? ¿A quién podía importarle?

Se detuvo a escribir en una libretita: “Aquí no hablan español, lo escupen. (El catalán también.) Hace siete años eran más sumisos, porque el gobierno y todos los poderes eran más monolíticos, pero la rigidez de su castellano era más ‘clásica’, más feudal. Ahora es más un habla de masa, común a todos, sin tantos rasgos de región o clase. Por fuera, eso sí, ya entraron a la edad moderna”.

Por todos lados hay televisiones y más televisiones. En las casas, en los bares. Toros y fútbol, toros y fútbol, toros y fútbol, y el pequeño Dictador omnipotente anda inaugurando pantanos y pantanos, es decir, presas y represas, y dando gracias a Dios y a la Virgen por todas las mercedes recibidas. Volver a verlo y oírlo es francamente... ¿la hostia? Es ver la misma película, con el mismo asesino malvado, pero rejuvenecido, con su bigote cómico haciendo guiños frente al micrófono y la Patria. La sonrisita con que finiquita sus discursos es más sardónica que nunca, como de los Keystone Cops. ¡Cómo goza de seguir viviendo y jodiendo, el maldito enano! Em cago en Deu!

En la Catedral, que es un pequeño encanto, los turistas contemplan los muros y los techos y los lugareños lo miran a él y su cabellera, como si nunca hubieran visto nada parecido, ni siquiera en las portadas de las revistas o los discos. Son pueblerinos. Prefiere salirse pronto y sin disfrutar de las artes consagradas a la fe. “Hay que ir afinando el delicado instrumento de la paranoia”, se dice, “pero no demasiado, porque uno acaba presa de la ansiedad y hasta del pánico.”

Camina de nuevo a la Rambla –bonita palabra– y se mezcla con la multitud a la vez taciturna y vocinglera. Griegos, italianos, españoles: ¡cómo gritan! Luego de tomarse un amontillado acá y una manzanilla allá –y leyendo *La Vanguardia* mientras mira y olisquea si acaso lo siguen o sólo están asustados con su aspecto–, de pronto se siente a gusto, casi a sus anchas, *rambling up the rambla*. Qué gusto de estar en España, ¡se siente casi tan dichoso como un oficinista inglés en Mallorca o Almería!, con la ventaja de que entiende el 90 % de lo que dicen los lugareños, si hablan en castellano, que es la lengua que hablan en público, puesto que el catalán se confina en los recintos domésticos.

Es cierto que el pequeño Dictador de grandes daños parece feliz consigo mismo y su casi infinita permanencia en el poder, para la cual ya casi no tiene que matar, pero la prensa delata un nerviosismo que no se respiraba siete años antes. La lectura de los titulares es interesante: “EL EJÉRCITO, LEAL; LA IGLESIA, JUBILOSA; EL CAUDILLO, SONRIENTE EN LA CEREMONIA”; “EL COMUNISMO NO CONQUISTARÁ EL SURESTE ASIÁTICO. FILIPINAS, UN BASTIÓN CRISTIANO”; “NACIONES UNIDAS HACE CASO OMISO DE LOS VILES ATAQUES A ESPAÑA”; “DROGADICTOS E INVERTIDOS SE APODERAN POR LA FUERZA DE LA OFICINA

DEL DEÁN DE FAMOSA UNIVERSIDAD DE NUEVA YORK”. Esta última noticia aderezada con una foto de melencidos y greñudas muy *wild*.

No tardó mucho en llegar su amigo por carta Horacio, cuyo aspecto no le parecía que concordara con su nombre. Más bien le veía cara de José Francisco o de William de Jesús o de algún otro apelativo. Hoy era la primera vez que se veían las caras. Juan Cristóbal –así se llama nuestro protagonista– además desconfiaba en principio de la gente de habla española que le escribía por consejo de personas que él conocía bien o no. En esos años en que Europa pasaba de la estrechez a la prosperidad y él de la adolescencia a lo que sigue, Londres se hizo atractivo, y él con la ciudad. *Swinging London* y esas jaladas.

–Buscaba a un mexicano vestido de tweed y con corbata de un *college* de Cambridge.

–Y yo a ... –pero prefirió abrazarlo *Latin American style*.

La conversación comenzó bien. Peruanos y mexicanos se entienden de entrada de lo mejor, por una química natural entre descendientes de los pueblos civilizados de América, pero al cabo de un rato el hecho de que se llamara Horacio empezó a incomodar a Juan Cristóbal. Hay personas a las que el nombre –el célebre Horatio Nelson es otro– no les queda; suena inverosímil. Horacio L. Macazaga le sonaba imposible, falso, más aún con el Lorenzo que se escondía tras la ele.

Por carta, Horacio le parecía un buen autor fantástico. En persona no le parecía una persona del todo verídica. Los elogios epistolares a sus mini obras de teatro y a sus trabajos periodísticos ya no le parecían tan auténticos: en el elogio quizá cabía la esperanza de ser alojado en Londres en una futura visita.

Una vez que uno emerge de los sótanos más lóbregos y las buhardillas más indigentes de la bohemia, donde la solidaridad o el rechazo son rápidos y palmarios, y entra uno en círculos más desahogados de la penuria donde cabe alguna dignidad material (agua caliente, teléfono próximo, mini refri), acaece una vida digamos más diplomática, con invitaciones a cenar arroz o pasta o algún plato nacional. Adviene una cierta etiqueta, con delicadezas como dejar una notita florida de agradecimiento mañanero a una pareja de muertos de hambre que te invitan a compartir unos fusilli al pesto y a pernoctar en un colchón en el suelo porque el metro ya cerró. Juan Cristóbal conocía a argentinos y peruanos con libretas de direcciones que les permitían dormir o cenar o ambas cosas en distintos hogares (modestos o no) de Europa.

“Yo no vine a Europa a vivir entre latinoamericanos, como ellos” era uno de los preceptos que normaban la vida de Juan Cristóbal. Con todo, él también buscaba a los hispanohablantes, no sólo a los nativos, cuando se desplazaba por Europa, un continente comparativamente pequeño y asombrosamente comunicado. Los romanos les habían dado bases y buenas lecciones. Los españoles y portugueses a los americanos, no. Cosas del pasado.

Juan Cristóbal le contó a Horacio (al que tampoco le hubiera ajustado llamarse sólo Lorenzo, por cierto) una anécdota que demostraba que conocía a Carlos Fuentes, y Horacio le contó a su vez el breve y picante relato de una visita a la ortf, en París, con Marito Vargas Llosa y Carlos Fuentes. Luego ambos estuvieron de acuerdo en que el trepidante *Boom* de la Lit Lat era espurio y bastante cargante y además ya iba de salida. Para ambos, el fabuloso Realismo Mágico era lo peor que les había pasado en

mucho tiempo, pues los europeos no se cansaban de emitir adjetivos inmoderados que en general habían dejado de declamar desde los tiempos de Wagner y luego de Stravinski, y esperaban de ellos que les contaran de esas vidas increíbles en esos países inverosímiles donde habían tenido la inmensa fortuna de nacer.

Por lo demás, estaban a sus anchas en una fonda por la Plaza de Cataluña, en una calle silenciosa, aislada, apacible, explorando las vías de la amistad. Comían un chuletón con papas ni bueno ni malo y tomaban un tinto del mismo estándar mientras las hojas del otoño les recordaban el paso del tiempo y los parroquianos, que no eran muchos, intercambiaban gritos e interjecciones a manera de conversación. Horacio para ahora estaba un poco acostumbrado al vocerío, pero Juan Cristóbal –que padecía uno de esos interminables *flu* británicos que hacen la vida en un clima de mierda aún más melancólica– sentía que las arterias o los alveolos o no sé qué le retumbaban en la cabeza como un infarto de segunda categoría que no daba el tamborazo climático.

Como para defenderse de manera animista, Juan Cristóbal se quedó afónico.

–¡...!

–¿Qué dices, pata?

–¡...!

–¡Habla más fuerte! ¡O escíbeme en esta libreta! Te ves pésimo, ¿estás bien? –le dijo pasándole uno de esos artículos catalanes de papelería de tan buen gusto.

Juan Cristóbal estaba a punto de salir a la calle como el agua en busca del cántaro o la miel en pos del vinagre, cuando el patrón le subió violentamente el volumen a la tele y por ello se lo apagó a los parroquianos. Se oyeron

los acordes finales de una musiquita insípida que tal vez era el himno nacional, quién sabe. Con la mirada, Horacio conminó a Juan Cristóbal a ver el aparato y escuchar las palabras. Juan Cristóbal apagó un gran estornudo por respeto a los demás comensales, que se preguntaban todos, todos, todos, si Su Excelencia el jefe del Estado no habría fenecido en el seno de la Madre Iglesia.

¡La muerte de un Dictador! ¡He ahí un acontecimiento magno, dramático, periodístico! Los que lo detestan y combaten –activa o pasivamente– deberán ocultarse para que nadie vea su alborozo, y temen además que no sea noticia cierta, y se preguntan con el miedo de siempre cuándo empezarán los arrestos y la tortura para hallar y exhibir a los “asesinos”.

Mucho temen asimismo los que lo veneran o hablan de él como Padre de la Patria y Comandante de la misma y Defensor de la Fe, porque es lo que se debe hacer, y que tiemblan también de que ya nunca esté por ahí y por allá encarnando al Estado y la Patria y el Orden, e inaugurando pantanos y entrando y saliendo de iglesias y de grandes autos anticuados y recibiendo flores de niñas monísimas. ¿Qué va a ser ahora de la Patria bien amada, rodeada de enemigos siniestros y malquerientes ignorantes a los que Él siempre les marcó un alto, les puso coto, los mandó a podrirse en la cárcel o incluso, cuando fue preciso, les quebró el cuello con el llamado garrote vil?

¿No volverán los Rojos a arrancar los cristos de las paredes de las iglesias?

La locutora de la tele sonrió antes de abrir la boca, y de inmediato los parroquianos reanudaron sus monólogos, aunque con la oreja pendiente de la noticia:

–¡Su Excelencia el Jefe del Estado ha vuelto a desem-

peñar sus labores oficiales luego de un leve resfrío que le alejó unos días de sus elevadas funciones...!

Pero en la mesa de al lado hablaban de toreros:

–¡Ordóñez no es nada ante Dominguín, un pelagatos!
¡Te lo digo yo!

–¡Pues yo te digo que hay que ser bestia para no ver que Ordóñez entiende al toro como Dominguín ni siquiera se lo imagina! ¡Te lo digo yo!

–¡Y yo te digo que no sabes nada de toros ni de fútbol!
¡Que eres un ignorante!

–Pues ya te lo digo: no hay nadie como Di Stéfano.

El peruano tenía que partir. Se puso en pie (sobre zapatos gastados y desnivelados, notó el otro) y fue a la barra a intercambiar algunas bromas con el patrón sobre el futbolista Puskas. Un camarero puso dos copas de Fundador sobre la mesa.

–Yo pago los tragos –dijo el mexicano.

–Cortesía de la casa. No te preocupes.

La escandalera había aumentado en varios decibeles. Bebieron lentamente y brindaron en silencio.

–Me dan la impresión de que hablan para no escuchar
–aventuró Juan Cristóbal.

–Así me parece a mí también. Y no sé qué pesa más, si el “carácter español” o los años de dictadura.

–No les interesa darse a entender.

–No, eso está excluido. De hecho, darse a entender puede ser peligroso.

–Claro.

Bebieron otros traguitos.

–Ya en otro registro, yo tengo la teoría de que la conquista del Perú y de México se debió no tanto al mayor poder de fuego español y a las contradicciones y debili-

dades de nuestros respectivos imperios, o a la caída de los dioses y el colaboracionismo de las élites indígenas, o a tantas otras causas como las enfermedades y las ideas distintas sobre el arte de la guerra.

Juan Cristóbal sonrió para invitarlo a seguir.

–El amerindio cree que la palabra es sagrada, por ende la utiliza poco. Imagínate que en aquellos reinos del silencio y el susurro de pronto todo son voces, todo es palabras y más palabras. Dios (un solo Dios dueño del verbo), España, los Reyes, la Iglesia, los frailes, las monjas... Y la fe, la fe, la fe... ¿Cómo carajos entender el concepto de fe?

–Y la blasfemia como desafío al Dios absoluto... ¡Y luego encima los nuevos dueños se cagan en su propio Dios y la Santa Madre!

–Traumático, traumático.

Eran jóvenes y pedantes y el país en que se encontraban en ese momento era uno de los más despreciados de Europa.

–Ya no se mueren de hambre, pero creo que los españoles están peor que hace siete años.

–Son gente muy dañada. Son treinta eternos años de dictadura del enano, de los curitas cabrones, de las monjas sádicas, de una justicia sin idea de piedad. Me extraña que crezcan las plantas y los niños no nazcan gritando “¡Arriba España!”

Se irguieron y caminaron a despedirse del patrón, que preguntó:

–¿Peruano también el caballero?

–No, de Méjico –dijo Juan Cristóbal.

–¡Ah, Méjico lindo y querido! Bienvenido a España, caballero.